



COLEGIO OFICIAL DE
ARQUITECTOS DE LEÓN

DELEGACIÓN DE PALENCIA

CIRCULAR Nº 19

29 de abril 2008

EXPOSICIÓN: OBRA PLÁSTICA DE JOSÉ PORTILLA

Inauguración: 6 de mayo de 2008, a las 20:00 horas.

Lugar: Sala de Exposiciones de la Delegación de
Palencia del COAL.

Finaliza: 3 de junio de 2008.

Horario: de lunes a jueves de 10:00 a 14:00 horas y
de 17:00 a 19:00 h.

Biografía: Nace en Villaverde de Guareña, Salamanca.

Cursa estudios en la Escuela de Bellas Artes de San Eloy, en la de Artes y Oficios de Salamanca y en el Cercle Artistic de San Lluc de Barcelona.

En Salamanca formó parte del grupo Tormes, con el que realizó exposiciones en diversas ciudades, en una trayectoria artística que se ha prolongado hasta este momento, creando una relación íntima con la Meseta y el Mediterráneo

Exposiciones realizadas en 2007: Galería Felisa Navarro (Vitoria-Gasteiz), Galería Empire-Art (Palma de Mallorca), en Mainz (Alemania), Galería Isabel Bilbao (Javea, Alicante), Art fair ITAF (Ámsterdam, Holanda), Feria INART (Girona), Galería Fries (Kaat, Alemania), Galería Weefhuis (Neuen, Holanda).

Adjunto tarjeta de invitación y archivo de crítica del escritor Antonio Colinas, Premio Nacional de Literatura.

Un cordial saludo,
Luis Muñoz González
Secretario Técnico



COLEGIO OFICIAL DE
ARQUITECTOS DE LEÓN

DELEGACIÓN DE PALENCIA

TARJETA DE INVITACIÓN



JOSÉ PORTILLA

exposición del 6 de mayo al 3 de junio de 2008

HORARIO: - DE LUNES A JUEVES DE 10 A 14H Y DE 17 A 19H. - VIERNES DE 10 A 14H. - SÁBADOS Y FESTIVOS CERRADO

**SALA DE EXPOSICIONES DE LA DELEGACIÓN DE PALENCIA
DEL COLEGIO DE ARQUITECTOS DE LEÓN
(PLAZA DE SAN FRANCISCO, 1- PALENCIA)**



COLEGIO OFICIAL DE ARQUITECTOS DE LEÓN
DELEGACIÓN DE PALENCIA



funcol



La mirada honda y dual de José Portilla

Hay en lo más profundo de la memoria pictórica de José Portilla un árbol. Él ha sabido, a lo largo del tiempo, metamorfosear y madurar esa imagen primera que, además, ha pasado de manera muy concreta e ilustrativa a una serie de sus cuadros. Este símbolo primero nos sirve muy bien para valorar de qué manera natural y honda este pintor ha ido buscando y siguiendo caminos para su obra. En unos casos, caminos aparentes, que van desde la figuración a la abstracción; en otros, caminos más profundos, que responden a la experiencia de ser, a la maduración en el tiempo de su personalidad.

Es esta experiencia iniciática en el tiempo –esta experiencia de ser– la que ha acabado sacando también a la luz la que quizá es la tensión fértil que en estos momentos se debate en la pintura de José Portilla, la tensión entre dos mundos: el de sus orígenes y el del mundo de adopción, el de las tierras fuertes y llenas de signos desnudos que le vieron nacer y el del que vamos a reconocer como mundo o *espíritu* mediterráneo. La vida consciente y abierta de cualquier ser humano se desarrolla y madura ante esta visión dual, enriquecedora de la realidad. El ser humano –hoy más que nunca– no habita en una aldea, sino en un planeta, y el hombre de nuestros días estaría desposeído, mal informado o inmaduro, si no se alimentara de todas las fuentes posibles. Y, sin embargo...

El artista se ha abierto a lo largo de su vida, pero busca en su madurez, de nuevo, los símbolos originarios, las *raíces* que dieron vida a su pintura. Es el momento de la madurez, en el que tiende a cerrarse el círculo de vida y obra. Es un momento extremado, lleno de pruebas, pero si las *raíces* están vivas, el árbol que ha aspirado otros aires madurará de manera ideal en la tierra de origen. Éste es, a grandes rasgos, el esquema a que, a mi entender, responde la trayectoria pictórica de José Portilla, que ahora podemos apreciar en esta doble exposición que acaba de presentarnos en Salamanca. No sólo vuelve al origen el pintor, sino su obra, que es resultado de una vida, aunque en ambas muestras predomine una obra creada recientemente –casi toda ella entre el 2002 y el 2003–; es decir, esa obra que nos entrega prioritariamente un mensaje de madurez, de plenitud.

Hay otra dualidad que tiembla y se expresa en las dos exposiciones que ahora se nos ofrecen: los títulos de la misma nos dan una sugestiva pista de ella. Por una parte, en la sala de La Salina se nos muestran los que el artista reconoce como sus “Paraísos soñados”. Por otra, en la sala de Caja Duero, el mismo artista nos ofrece sus “Homenajes”. Esta exposición dual nos presenta, por tanto, los dos mundos de que se ha venido nutriendo la pintura de Portilla: un mundo que es el resultado de una concienzuda investigación artística y otro que denota el agradecimiento que el pintor siente hacia autores u obras por las que él siente especial admiración y con las que él ha sabido identificar muy bien el mundo de sus primeras contemplaciones, un mundo con las presencias del *paraíso* y del *sueño*.



COLEGIO OFICIAL DE
ARQUITECTOS DE LEÓN

DELEGACIÓN DE PALENCIA

Es muy importante en la obra de un artista esta actitud sincera y piadosa de los reconocimientos. No es casual que el pintor haya elegido de música de fondo la de Juan Sebastian Bach para ofrecernos una primera y secreta muestra de las obras que iba a exponer en agosto. Tampoco es casual que el artista nos ofreciera esta muestra selectiva y primera en el ámbito de su casa, el espacio en donde se ha dado ese reencuentro con el origen al que antes nos referíamos. La música de Bach, los espacios de su casa, sus cuadros entrevistos al azar, crean una especie de hilazón o entramado en el que vamos descubriendo las claves de su pintura. Ese mismo entramado de la memoria que son los bordados que aparecen, casi sin importancia, en alguno de los ángulos de su cuadros, pero señalando a la vez el lugar del afecto, del eterno femenino, de lo más entrañable de la memoria.

También en esos espacios de la casa recién *fundada* descubrimos otros símbolos o claves muy necesarios para comprender el sentido de sus cuadros: vemos, sí, esos árboles de su huerto cerrado, que pueden ser ese mismo árbol de que comenzábamos hablando, el que en una especie de metamorfosis o panorámica pictórica nos revela la transformación que ha sufrido el arte de este pintor. Pero también nos encontramos con los oxidados instrumentos del artesano, con el hierro o con la madera heridos por el paso del tiempo. O con la piedra, con esas lajas pizarrosas, negruzcas, también oxidadas –la piedra como “energía indestructible”, de que nos habló Jung–, que luego va a pasar, también metamorfoseada, a los cuadros gracias al trazo, al empaste, al color, a la materia. Esa materia, por ejemplo, representativa de lo telúrico, que en sus cuadros no es cualquier tierra, sino la del origen, que él ahora ha vuelto a redescubrir en la hora del regreso.

Es muy importante, a mi entender, esta valoración de la tierra, de la materia, de la piedra, porque son algunos de los elementos significativos que nutren sus cuadros, los medios de los que Portilla se sirve para revelarnos sus hallazgos. La tierra, la materia, la piedra –los espacios del fósil y de los colores nuevos– son también importantes porque el pintor los va a contraponer a otra realidad de una enorme influencia para el que la conoce y la ama: la de la mar. La mar que nos concede una gran sensación de libertad y que –ya lo hemos dicho– no es cualquier mar, sino el Mediterráneo, con todo lo que el *espíritu* de este mar significa. De ahí que haya también en esta pintura que se nos ofrece otra gran tensión: la que se da entre los colores, entre los blancos y los negros, pero sobre todo entre los ocres y esos azules tan especiales que este pintor ha sabido arrancar a su paleta.

Sabemos de dónde provienen estos azules de José Portilla –fogonazos de libertad y de esperanza a veces en los espacios de lo sombrío o lo negro–, pero a la vez el pintor ha sabido transformar estos azules. Lo apreciamos de manera muy viva en el cuadro titulado “Sinfonía en azul”. Aquí sabemos que el azul es el de la mar, pero a la vez estamos contemplando todos los azules posibles, pues es un azul –como las olas de la mar– que se mezcla y tornasola, que va y viene transformándose en una especie de ebullición del propio color. La primera de las interpretaciones nos habla de lo pasajero y de lo turbulento, pero hay al fondo de este cuadro un límite –el del horizonte– que pone equilibrio en esa realidad turbulenta. El horizonte –como en otros cuadros las ventanas, los caminos, las piedras, los lugares o los grandes fragmentos o secciones de color–, ponen medida en la mirada del que contempla.

Otras veces ese freno o sentido de la medida lo ponen actuaciones muy arriesgadas del pintor, como los pétreos y grises canales que –además de manera brusca y



oblicua- nos asaltan en el cuadro titulado "El bosque petrificado". El pintor ha dado con este hallazgo -inesperado y violento para la pupila del que avanza confiado por la sala de exposiciones-, porque ha llegado el momento de expresar la más dura de las dualidades que se le plantea al ser humano: la dualidad vida-muerte. Hasta el azul acaba derrotado por las tierras en esta enorme dicotomía, que es como una herida para el ojo que la contempla en el cuadro.

Vamos viendo que nos encontramos ante otra de las características de la pintura de José Portilla: estamos ante unos cuadros que, ante todo, nos hacen *pensar*. Sabemos muy bien que el pintor sobre todo está reflejando impresiones y sensaciones que previamente han recogido sus ojos, pero a la vez hay en sus cuadros un mensaje que, al que contempla, le lleva sobre todo a reflexionar. Estamos, pues, ante una pintura que suscita en el espectador preguntas y respuestas; unas veces fáciles, evidentes, pero otras reveladoras de enigmas y misterios.

Esto es importante porque el arte no sería tal arte si no hubiera en él estas enigmáticas semillas reveladoras de todo lo que el ser humano desconoce. Para ello está, por lo tanto, el mensaje del pintor, del artista: para ponernos de relieve -a veces casi como un milagro- una realidad que no es sólo la que ven los ojos, sino la que, escribiendo y hablando de algunos temas de Poética, yo he venido reconociendo como "segunda realidad", o "realidad trascendida".

Se preocupa mucho este pintor de darle a su pintura este sentido enigmático y trascendente. Por ello, cuida mucho los títulos de sus cuadros. Me refiero a que le da a éstos un sentido predominantemente *poético*, que fija muy bien las coordenadas de su trabajo, que no permite al que contempla una libertad arbitraria en dicho contemplar. Esta definición previa de los temas le permite también al espectador una mejor y más completa interpretación de los mismos.

En un cuadro se nos puede hablar de "Sinfonía de azules", pero la significación a veces es engañosa y el pintor deja expuestas en este cuadro claves que van más allá de las aparentes, que su título fija con anterioridad. Así, en este que comentamos, unas cuerdas -¿de qué instrumento?- aportan una nota órfica que enriquece los significados. Por eso, los azules son melodía, y la música de que se nos habla es, sin más, la música del mundo. Para ello el pintor quiebra también en su base los límites del cuadro. Ese protagonismo del ritmo, de la melodía órfica del mundo, anula cualquier concreción formal.

Esta pintura de José Portilla que nos hace reflexionar, que nos plantea las grandes preguntas y respuestas del ser humano, que nos ofrece una trayectoria ejemplar de indagación y de experiencia creadoras, se nutre, como hemos dicho, con la fuerza del ejemplo, con el aprendizaje en esos maestros a los que el pintor dedica, con fidelidad, sus "Homenajes". Ahí están, además, de Bach, el resto de los músicos barrocos que el pintor ama -recogidos casi como bandera o evidencia suprema, con sus nombres propios-, en "Homenaje al Barroco". Pero no estamos ante un simple, fotográfico testimonio de admiración. En el cuadro hay otras zonas que le sirven al pintor para expresar otras realidades: en ellas están los rostros de esos músicos, fragmentos de sus partituras a modo de signos o señales que hay que interpretar, así como la sucesión de colores, que también son melodía, otro tipo de melodía.

Las puertas y las ventanas de la memoria de este pintor se abren a otras vidas y a otras obras: las de Rilke, Antonio Machado (y sus caminos que se sueñan), Buñuel,



COLEGIO OFICIAL DE
ARQUITECTOS DE LEÓN

DELEGACIÓN DE PALENCIA

Josep Pla, García Lorca, Puccini, Claudio Rodríguez (con su palabras o resplandores blancos), personas, orillas o lugares de un tiempo eterno, de una palabra duradera que no pasa. Otras veces, este sentido de homenaje adquiere una dimensión menos personificada y mucho más amplia. Aparece así la presencia de la magia (como revelación de lo oculto, más que como algo lúdico), las guerras (sometidas a símbolos como la sangre y la calavera, pero que en el áspero cardo ponen en evidencia el revivir, la esperanza) y, sobre todo, ese gran cuadro titulado "Tiempo de silencio", que en el símbolo de la cruz que es todo el cuadro -con su clavo de oro que sangra- sugiere o desvela un sin fin de misterios.

Por todo lo escrito, la pintura de José Portilla es una obra muy de nuestro tiempo y que en nuestro tiempo tiene su destino; pero también es una obra muy para ser expuesta en los espacios de su tierra, en las salas de Salamanca en donde ahora tenemos la ocasión de contemplarla. Pintura en los límites u horizontes de un tiempo finisecular, pero a la vez traspasada de mensajes esperanzadores para aquel que sepa desvelarlos en cada color y en cada trazo nuevos.

La pintura de José Portilla nace, sobre todo, del acto sereno y grave -maduro- de contemplar la naturaleza. El tiempo que le ha tocado vivir -con sus ruinas, saqueos e incendios- es un tiempo turbador. Pero en él duermen aún las señales, los signos que el pintor ha sabido desvelar y transmitirnos con sensibilidad y sabiduría.

ANTONIO COLINAS
Premio Nacional de Literatura